

Informe Técnico: Asignar no es valorar: el doble cómputo en la Amortización de Bienes Tangibles

Cr. Mag. Pablo Freyer

Resumen:

La amortización de bienes tangibles se enseña desde el primer año de facultad como un costo del ejercicio y, sin embargo, todo análisis financiero serio empieza por neutralizarla. Este artículo sostiene que esa incomodidad no es casual. Argumenta que su función real es el escudo fiscal, que sus múltiples métodos delatan ese origen, y que en el estado de resultados produce un doble cómputo: el mantenimiento ya registra la pérdida efectiva de conservar el bien en funcionamiento, y la cuota de amortización la registra otra vez. La propuesta es computarla por vía fiscal y dejar los estados contables libres de ese ruido.

Aswath Damodaran, referencia obligada para casi todos los que nos dedicamos a las finanzas, repite una frase hasta que duele: *don't mistake accounting for finance*. No confundas contabilidad con finanzas. La contabilidad asigna costos según reglas. Las finanzas miden valor según flujos. Son dos oficios distintos, con dos lógicas distintas, y mezclarlos lleva a diagnósticos equivocados.

Esta entrega se mete con uno de los pilares más sagrados de la enseñanza contable de grado: la amortización de bienes tangibles. Aviso desde el arranque que es un tema controversial, porque desde el primer día de facultad se enseña que las amortizaciones son parte del costo de la empresa, así, sin discusión, como si fuera la ley de gravedad. Y sin embargo, a la hora del análisis financiero serio, ese mismo costo desaparece como por arte de magia.

Diagnóstico financiero, flujo de fondos, EBITDA, valuación por descuento de flujos: en todos esos análisis las amortizaciones se sacan, se neutralizan, se suman de vuelta. Hay un consenso silencioso en finanzas corporativas: cuando hay que decidir, la amortización molesta. Algo de razón debe tener ese consenso.

Y sin embargo ahí sigue, ocupando líneas en el estado de resultados de toda empresa del planeta, distorsionando utilidades, confundiendo a directores no financieros y alimentando discusiones eternas sobre si una compañía gana o pierde plata.

1. Para qué sirve, en serio, la amortización

A mi criterio, lo único genuinamente útil de considerar la amortización es que resulte computable como gasto deducible para el cálculo del impuesto a la renta. Punto. Ese es el incentivo puro y duro: una especie de escudo fiscal, primo hermano del que generan los intereses bancarios cuando la empresa se endeuda, en la línea de lo que ya planteaban Modigliani y Miller.

La prueba de que ese es el verdadero motor está en las propias mutaciones del concepto. Cuando una herramienta contable empieza a tener versiones — amortización lineal, acelerada, por unidades producidas — habría que sospechar. La realidad económica no tiene métodos. Una máquina se desgasta como se

desgasta; no se desgasta de manera lineal un año y acelerada al siguiente porque el contador cambió de criterio.

La amortización acelerada delata todo el juego. Nadie la aplica porque crea que el activo pierde valor más rápido: se aplica porque permite pagar menos impuestos antes. Está literalmente diseñada como incentivo a la inversión vía ahorro fiscal. La lineal, por su parte, es un atajo simplificador para no romperse la cabeza. Ninguna de las dos tiene como objetivo reflejar el valor real del activo. Si lo tuvieran, no serían intercambiables a gusto del preparador del estado.

Por eso mi posición es bastante quirúrgica: en las legislaciones que permiten ajustes fiscales por amortización de activos fijos, que se computen por esa vía y se obtenga el beneficio impositivo. Pero dejemos los estados contables limpios de ese ruido. Que el balance refleje lo que la empresa tiene y para qué le sirve, no una asignación arbitraria heredada del manual del fisco.

2. Una delimitación necesaria: de qué bienes estamos hablando

Antes de seguir, una precisión que cualquier lector atento va a exigir. Esta crítica apunta exclusivamente a los bienes tangibles que la empresa usa para su giro normal: la camioneta del reparto, la máquina de la planta, la góndola del local, las computadoras de la oficina. Bienes físicos, comprados para funcionar dentro del negocio.

Quedan fuera del análisis dos categorías. Primero, los intangibles, donde puedo aceptar que en algunos casos exista una obsolescencia programada o una vida útil contractual real, como una licencia que vence o una patente con plazo legal; ahí se discute caso por caso. Segundo —y acá dejo una pregunta incómoda al pasar—, los bienes que no pertenecen al giro de la empresa. ¿Esos son realmente activos fijos? ¿O deberían ir a Inversiones, a Otros Activos, a cualquier rubro que diga la verdad sobre lo que son? Tema para otra entrega.

3. El argumento central: estamos contando la pérdida dos veces

Acá viene la parte que me parece más importante del razonamiento, y la que no encontré formulada con esta claridad en ningún manual ni en ningún paper. Vamos despacio, porque vale la pena.

Una empresa compra una máquina para producir. La compra para que funcione, no para revenderla. Mientras esa máquina cumpla la finalidad para la que fue adquirida —es decir, mientras produzca lo que tiene que producir, en la calidad y la cantidad esperadas— no hay pérdida que reconocer. La empresa la está usando exactamente para lo que la trajo.

¿Y cómo hace la empresa para que la máquina siga cumpliendo su función? Gasta. Gasta dinero real, con salida de caja, en mantenimiento. Cambia los filtros, lubrica, repone repuestos, paga al técnico, hace los ajustes preventivos. Todos esos gastos van, correctamente, a pérdida del ejercicio en el que se incurren. Son los gastos que aseguran el correcto funcionamiento del bien. Son la pérdida real, la que efectivamente ocurre, la que se ve en la cuenta bancaria de la empresa.

Y ahora viene el problema. Mientras esos gastos de mantenimiento ya están reflejando en el estado de resultados que mantener funcionando esa máquina

cuesta dinero, se agrega arriba la cuota de amortización. Una segunda pérdida. Sobre el mismo activo. En el mismo período. Por el mismo motivo: el bien sigue funcionando.

Si los gastos de mantenimiento ya van a pérdida —porque son la pérdida real para que el bien siga funcionando— y además registramos amortización contable, estamos duplicando la pérdida.

Esto es lo que llamo el **doble cómputo**. No hay una pérdida y media. Hay una pérdida real, el mantenimiento, y una pérdida ficticia inventada por la doctrina, la amortización. Y las dos terminan pegando contra la utilidad del ejercicio. La empresa muestra una situación peor que la que efectivamente vivió.

Si la doctrina contable insiste en que la amortización refleja el desgaste, aparece un problema lógico: el desgaste se compensa con mantenimiento. Para eso se hace el mantenimiento. Esa es exactamente la función económica del rubro. Si después de gastar en mantenimiento la máquina sigue funcionando como se espera, ¿de qué desgaste no compensado estamos hablando cuando registramos la cuota de amortización?

4. ¿Y cuándo se reconoce la pérdida real?

La respuesta es simple y obvia, pero el sistema contable la complica: la pérdida se reconoce el día que ocurre la pérdida. No antes.

El día que la máquina deja de cumplir su función —porque se rompió de manera no recuperable, porque quedó tecnológicamente obsoleta, porque la empresa decidió discontinuar esa línea— ese día específico se documenta la baja del activo, se reconoce el resultado contra el valor de venta o de desguace, y se cierra el ciclo. Con documentación. Con un hecho económico verificable. No con una proyección que alguien hizo ocho años antes sobre cuánto iba a durar el bien.

5. «Pero al día siguiente vale menos en el mercado»

Acá llega la objeción clásica del lector que estuvo conteniéndose tres páginas: al día siguiente de comprar la camioneta, vale menos en el mercado de usados. Es cierto, no lo discuto.

Pero la verdad más importante es otra: la empresa no compró esa camioneta para venderla. La compró para que integre los activos productivos, para que reparta mercadería, para que el negocio funcione y se desarrolle. El valor de reventa en el mercado de usados es irrelevante mientras la camioneta esté repartiendo. Solo se vuelve relevante el día que la empresa decida desprenderse de ella, y ese día se reconoce el resultado de esa operación específica.

Mezclar el valor de reventa hipotético con la realidad operativa del activo es, otra vez, no entender la distinción que repite Damodaran: la contabilidad asigna, las finanzas valúan. Y el valor de esa camioneta para la empresa no es lo que le pagarían en una compraventa que no va a ocurrir; es lo que le permite generar mientras está repartiendo.

6. No es una objeción aislada

Conviene decirlo con todas las letras, porque puede parecer que estuviera tirando una bomba de cosecha propia. La incomodidad con la información contable no la inventé yo. Está en los mejores académicos de las finanzas corporativas modernas.

Baruch Lev, profesor de la Stern School of Business de la Universidad de Nueva York y autor de *The End of Accounting* (2016), mostró con datos de más de sesenta años que la correlación entre los indicadores contables —utilidad, valor libro, ventas, costo de ventas, activos y pasivos— y el precio de las acciones viene cayendo de forma sostenida. Su conclusión es contundente: la información financiera aporta apenas alrededor del cinco por ciento de lo que los inversores efectivamente utilizan para decidir. El resto lo buscan en otro lado.

Y no hace falta salir de la propia normativa para encontrar el reconocimiento del punto. El estándar estadounidense, en su sección ASC 360-10-35-4, define la depreciación como un sistema que distribuye el costo del bien a lo largo de su vida útil estimada y aclara, con todas las letras, que se trata de *un proceso de asignación, no de valuación*. La normativa internacional dice lo mismo con otras palabras: la NIC 16 define la depreciación como la distribución sistemática del importe depreciable de un activo a lo largo de su vida útil.

Es decir que el propio manual admite que la depreciación no mide cuánto vale el activo: reparte un costo histórico en cuotas. Si no mide valor, y lo dice el estándar, entonces lo que aparece en el balance bajo ese rubro no es información económica útil. Es información administrativa.

Damodaran, que es donde empezó este artículo y donde lo cierro, lo viene señalando hace décadas: el balance contable registra los activos al costo original ajustado por una depreciación arbitraria, y eso no refleja el valor intrínseco. Para tomar decisiones financieras serias hay que reconstruir el balance a valor intrínseco, sobre la base de los flujos de caja y del riesgo. Mi propuesta es la consecuencia práctica de esa postura: si la depreciación no informa sobre valor, sacarla de los estados contables le hace un favor al lector del balance. Que viva donde tiene que vivir, en la declaración jurada del impuesto a la renta.

7. Tres recomendaciones, si se me permite

A los estudiantes y colegas, una recomendación práctica que vale más que cualquier teoría: cuando lean un balance, neutralicen siempre la amortización antes de sacar conclusiones operativas. Miren el EBITDA, miren el flujo de caja real, miren el CapEx efectivamente desembolsado. Comparen lo que la empresa gasta en mantenimiento contra lo que registra como amortización. Si los dos números conviven inflando el costo del ejercicio, ya saben dónde está la trampa.

A los empresarios no financieros que reciben sus estados contables y se preguntan por qué la utilidad parece siempre más chica que el dinero que sienten que el negocio está generando: parte de la respuesta está exactamente en este rubro. No es que el contador esté mintiendo. Es que la doctrina lo obliga a contar dos veces lo mismo.

Y a la profesión, con todo el respeto que le tengo y desde un cariño construido en décadas de aula y de oficina: no es lo mismo asignar que valorar, ni es lo mismo cumplir con la norma que informar al usuario del estado. Si los grandes referentes de las finanzas corporativas modernas vienen advirtiéndolo que el sistema actual perdió relevancia, capaz vale la pena escuchar, aunque más no sea para discutirlo. Que es, exactamente, lo que este artículo se propone.

Don't mistake accounting for finance. La contabilidad asigna costos, las finanzas miden valor. Y la amortización de tangibles, en los estados contables, no hace ni una cosa ni la otra: solo duplica una pérdida que ya estaba registrada en otro renglón.